

ENCUENTRO DE CANTAUTORES

LA DÉCADA CANTADA

POR SOL ALIVERTI.

FOTOS DE ROCÍO YACOBONE.

Desde hace nueve años, Alta Gracia viene congregando a artistas de Argentina y Latinoamérica en un espacio musical de sensibilidad especial que ya es considerado de culto. Variaciones y azares de esa fiesta a la que hay que ir.

Sol Pereyra y María Pien viven el Encuentro de Cantautores entre el público.

Una presunción: debería haber un cartel que diga que allí adentro está pasando algo. Un cartel quizás modesto, pero que invitara a detenerse a quienes esta noche pasan por la calle Urquiza, en el centro de Alta Gracia. En lugar de eso hay un pizarrón mediano, como los que se usan para anunciar un menú. Allí se lee que hoy, 15 de enero, comienza el 9° Encuentro de Cantautores, y la lista de artistas que participarán. El aviso es sencillo: el encuentro será a las 22 en el patio interno de la librería Hora Libre, el negocio de Adolfo Barrera, creador del encuentro. La falta de ímpetu publicitario fuerza que haya que volver a mirar para saber que en esa casa, esta noche, cantautores de Latinoamérica van a estar tocando sus creaciones en un escenario chico de cemento, frente a un público que no superará las cien personas y que se sentará bajo una carpa y sobre sillas de plástico bien ordenadas, bañados por una luz blanca y bombitas de colores que darán la atmósfera y la sensación de estar en un circo.

Antes de entrar al patio, parada en la puerta, está Virginia. Cobra las entradas de 100 pesos y las guarda en una cajita que funciona como alcancía. Pregunto por Adolfo. Escucho que Virginia me responde que está adentro, que voy a reconocerlo porque "tiene una remera de los buitres". Un prejuicio: Adolfo debe ser un hombre tenazmente político, de convicciones partidarias eminentes como para que Virginia, su mujer, lo referencie así. Veo a un hombre de barba con remera negra.

— ¿Adolfo? —pregunto. El hombre se ríe y niega con la cabeza.

Me indica sin hablar a otro hombre que se acerca. Él, el verdadero Adolfo, tiene unos pantalones azules y una remera gris de Los Beatles. La confusión otorga coherencia. Todo alrededor remite más a los cuatro de Liverpool que al juez Griesa.

Un grillo feliz llenaba

— Estoy nervioso como el primer día —dice el verdadero Adolfo, y aclara que no va a estar mucho tiempo cerca, que está dando vueltas para que todo salga bien. El recital empezará cerca de la hora prevista y los músicos del arranque ya están probando sonido. El encuentro reunirá a exponentes de la canción del subcontinente en un escenario que vio desfilar a Fernando Cabrera, Raúl Carnota, Juan Quintero y Luna Monti, Horacio Sosa, Kevin Johansen, Ana Prada o Daniel Drexler. Pero nada es aparentemente grandioso ni evidente, y la modestia de Adolfo no parece un simulacro. Lo que allí sucede y lo que sucederá en esos tres días es un encuentro de los músicos con el público, de los músicos con otros músicos y de los músicos con ellos mismos, en el mejor de los casos. Todo, siempre, se supone en el mejor de los casos.

La distribución de tareas en bambalinas se ve pareja: mientras en el escenario tocan, Papina

Los artistas Beto Caletti, Julián Venegas, Pablo Dacal, Papina de Palma, María Pien, Luciana Mocchi, Sandra Corizzo, Hilda Zagliaga y Enrico Barbizi junto a Adolfo Barrera, y parte del equipo organizador que lo acompañó, amigos y familiares.



de Palma atiende el puesto de discos improvisado sobre una mesa. Los demás músicos que van a tocar esa noche o al otro día están por ahí, escuchando entre el público, o ayudando con una logística que los incluye en todo: desde el cuerpo en escena hasta la comida que se vende en otro puestito armado cerca del escenario.

La primera en salir a la arena es María Pien, artista *indie* de pollera larga y gesto retraído que va a tocar con Mariana Páraway, la cantautora mendocina que usa calzas negras a la rodilla y unos anteojos que ocupan la mitad de su cara. Pien le cuenta al público que iba a empezar con una canción, pero que justo escuchó un grillo y ese grillo sonaba en un tono que le hizo acordar a otra canción. El público acepta la introducción como cierta, y celebra el cambio. Se están encontrando, y esa es una buena manera de afirmar que lo que está sucediendo allí podría

sucedir de otra manera, pero que la informalidad del encuentro supone una aceptación total de las variaciones.

Después pasan cosas como esta: la uruguaya Luciana Mocchi canta y el público se entusiasma. No dejan que se vaya, se paran y aplauden. Ella termina de cantar porque después sigue otra compañera y ella se va a ir a atender el puesto de discos. Pero el público insiste. La uruguaya baja del escenario y se queda parada al lado de Sol Pereyra, que también la aplaude. Aquí el misterio que supone el bis —la desaparición artera del músico que se esconde para que la gente insista— no es posible: Luciana sigue ahí, de frente al público, solo que a un costado, obligada a no desaparecer, a seguir con el papel que le toca en este encuentro porque, como en todo verdadero encuentro, no hay espacio para los privilegios del protagonismo.

La escena es un contrapunto colorido: mientras el escenario se ocupa, Hilda Zagliaga va pintando el mural en el patio, una obra que quedará terminada al final de las tres fechas. Sol Pereyra escucha apoyada en una pared al

costado del escenario. Después se acerca a Virginia y le da un abrazo. “*Qué hermoso esto, Vir. Gracias por todo*”, le dice. Es la primera vez de Sol en el encuentro y tendrá a cargo el cierre de esta primera noche. Virginia le responde que la agradecida es ella y recibe el abrazo. Está un poco preocupada: la comida que cocinaron para vender se está acabando. Pensó que iba a sobrar y que luego cenarían eso. Otra mujer se acerca. Deliberan si mañana tendrán que cocinar fideos para todos. Pensar la comida para tantos es una tarea que prever. Para colmo, se están haciendo todos veganos.



CARGADO DE SONRISAS

63

Hace cuatro años empezamos las charlas y correos con Adolfo para participar en el Encuentro de Cantautores. Nunca coincidíamos, pero decíamos “*a ver el próximo año*”, y así hasta que recién en este 2015 se dio todo para que pudiera participar, justo tres días antes de volver a México. Me pareció una hermosa señal para este año comenzar tocando y compartiendo con gente tan bonita. Así que, con gran entusiasmo, partimos de Córdoba hacia Alta Gracia, a ese primer día de encuentro tan esperado.

Me encontré con un montón de gente increíble y entusiasmada, un espíritu de trabajo colectivo, un esfuerzo que en cada pequeño paso va cargado de sonrisas y felicidad, porque cada pequeño paso es un enorme logro y la confirmación de que se pueden hacer cosas, de que la música sigue generando esa magia increíble de encontrarnos músicos, público, amigos, todos, para compartir. Conocí gente maravillosa, escuché musicazos, me emocioné, me hice nuevos amigos, toqué mis canciones, terminamos parados y bailando.

Regresé a México con discos, fotos, recuerdos y emociones que me dan fuerza e inspiración para seguir adelante, paso a paso, día a día. Qué otra cosa más linda y positiva te puede dejar encontrarse así. Brindo por ese encuentro; por cada una de las personas que trabajan haciéndolo posible; por Adolfo, que comanda este equipo humilde y laborador; por cada músico que se suma, por cada público que se suma, por cada periodista que lo difunde; brindo por todos, porque se sigan haciendo cosas así hoy y siempre. ¡Salud!



Lo que allí sucede y lo que sucederá en esos tres días es un encuentro de los músicos con el público, de los músicos con otros músicos y de los músicos con ellos mismos.

Rema, rema

Adolfo había encontrado una nueva fascinación. Se había encontrado con la obra del cantautor Luis Pescetti y tuvo la certeza de que tenía que hacer un taller de promoción de la lectura. Que Pescetti tenía que ser conocido en Alta Gracia, entrar a las escuelas. Un lunes a las 8 de la mañana salió para la Municipalidad y le contó la idea al Secretario de Cultura y Turismo. Esa mañana de 2006, Adolfo y el funcionario terminaron bailando las canciones

de Luis Pescetti, y ya nadie pudo decir que no. Con el sí asegurado, se sentó frente a la computadora y escribió: "*Luis: seré breve. Chau*". Y puso "Enviar".

Luis tampoco pudo negarse. Con el apoyo de la Municipalidad y con el premio de un concurso literario que había ganado, organizó una grilla pequeña, de dos días. Entre las mismas paredes de la casa de calle Avellaneda donde medio siglo antes vivió el niño Ernesto Guevara, se haría el primer Encuentro de Cantautores. La primera noche fue un éxito. Al otro día tuvieron que mudarse y hacerlo en un espacio cerrado porque llovía. Hace de esto nueve años.



64

Hilda Zagliaga en su casa junto a Sandra Corizzo y amigas.

María Pien y Luciana Mocchi conversando con amigos.





María Pien y Mariana Paraway en escena.

Fideos con huevo

La Tana acomoda unas ollas en el baúl del auto y pregunta quién va con ella. En la casa de Adolfo está Mariana Paraway sentada en la mesa del comedor con una computadora. Virginia avisa que su hija está descompuesta, que van a ir después. Julián Venegas toca la guitarra sentado al borde de una escalera. No hace mucho que amanecieron. Como si no hubiera ni arriba ni abajo del escenario. Todo continúa hasta que se acabe el encuentro. Beto Caletti se sube atrás. Dice que viene al Encuentro porque ya se había enterado de que acá tratan a todos muy, muy mal.

"Esto está buenísimo, sobre todo lo que se vive en estos momentos. Las comilonas, las pasadas de guitarra, la charla. Cada año conozco a un músico y me pongo tipo club de fans a promocionarlos después, porque es gente que si no, no se conoce. Después terminamos reventados. El año pasado, el domingo no me podía levantar, directamente. Hoy me levanté a las 8 para hacer unas cosas. Sé que hasta las tres de la mañana es igual", dice la Tana mientras maneja hasta la casa de Hilda, donde finalmente almorzarán todos. La logística del festival está en esa postal: amigos que prestan la casa para alojar músicos, amigos que cocinan, amigos que llevan y traen. Lo hacen con esfuerzo lúcido: la Tana se lamenta de que la gente del pueblo no vaya al encuentro. Eso es

una ventaja de vivir en ciudades chicas: se puede distinguir fácilmente si hay alguien conocido, alguien de ahí. Alta Gracia, dice la Tana, es difícil. La casa de la artista plástica Hilda Zagliaga está a pocas cuadras de la casa de la niñez del Che. Es una propiedad de jardines frondosos y huerta, donde cualquier cosa parece estar puesta sin querer para ser contemplada o admirada. Hilda pregunta quién va a ir a darle de comer a los gansos. En una galería ancha, los que van llegando se acomodan en la mesa de madera. Adolfo no llega aún: está con Papina de Palma y Luciana Mocchi en una radio de Córdoba. El resto se apronta para ayudar en la cocina. El menú, finalmente, es fideos de espinaca al pesto y fideos al huevo con huevo. En la mesa faltan algunos y se van sumando otros: Enrico Barbizi, que llegó recién, forma parte del grupo de los cordobeses que van a tocar el sábado. Dice que ahora está más relajado, que el año pasado estaba "apichonado" porque en esa misma mesa estaban comiendo Fernando Cabrera y Raúl Carnota. Algunos de los que están ahí también se acuerdan: después jugaron a la escondida al revés. Uno se escondió, los demás lo buscaron. El que se escondió ganó, jamás lo encontraron.



RAZONES DE SER

Llevo en mi corazón los recuerdos de este festival tan especial que me ha permitido conocer no solo a su fundador y alma mater, Adolfo Barrera, excelente amigo y militante de la canción en todas sus formas, sino que también a Liliana Vitale, Sofía Viola, Luis Pescetti, Emilio del Guercio, Sandra Corizzo, María Pien y tantos otros artistas argentinos que me resulta difícil —me perdonarán— recordarlos a todos. Y compartir inolvidables comidas-tertulias que forman parte de las razones de ser del Encuentro, otro fundamento y logro de Adolfo. Espero que este festival dure en el tiempo, para que otros muchos puedan recibir sus beneficios tanto arriba como abajo del escenario, que a los efectos de la música es lo mismo.

FERNANDO CABRERA

La logística del festival está en esa postal: amigos que prestan la casa para alojar músicos, amigos que cocinan, amigos que llevan y traen.

Un picado

El encuentro se llena de paréntesis difíciles de abarcar: mientras recorremos la casa de Hilda –dos pisos repletos de murales, cuadros y esculturas–, a la casa de Adolfo llegó Piñón Fijo, un aliado del encuentro desde hace años, quien está entrevistando a los músicos acerca de su infancia. Adolfo llega cuando todos terminaron. Se sienta en la punta de la mesa. Recibe un mensaje: es un amigo que lo invita a jugar al fútbol.

–Este no tiene idea en lo que ando –dice, y se pone a responderle.

Después se tiene que ir. En la librería se está transmitiendo en vivo Mamá Rock, el programa de Radio Nacional Córdoba. Van a llevar a Marina di Palma y Luciana Mocchi para una entrevista, mientras el resto se queda ahí, en el jardín de Hilda. Tantas cosas suceden cuando hay un encuentro. Ayer, antes de comenzar el festival, no funcionaba ninguna de las fases; y el sonido llegó más tarde de lo que pensaban. Las variaciones, los grillos: todo puede pasar.

Una obviedad:

–¿Cómo estás? –pregunto.

–Cansado –responde, Adolfo.

Pero no es una queja, más bien es una constatación. El encuentro se sostiene por ayuda municipal y de privados, pero el eje principal, la logística total, es la que hacen ellos en esos tres días entre febriles y alegres.

“Sol Pereyra no sabía qué era esto. Como cuan-

do te invitan una fiesta donde no conocés a nadie y cuando vas, decís ‘Ay, cómo no vine antes’. Acá se entablan intereses comunes. Yo no tuve que convencer a nadie. La muni ponía la plata, pero los músicos venían porque veían el esfuerzo. Antes les escribía cartas lindas contándoles que conocía su obra y que los quería traer. Así funciona. No hay mucho misterio”, dice.

Adolfo no se detiene, como no se detiene nadie allí. Me ofrece seguir hablando mientras vamos camino a la librería. Los conductores de Mamá Rock van anunciando que están en el Noveno Encuentro de Cantautores, transmitiendo en vivo desde Alta Gracia. Adolfo se sienta en un rincón a escuchar la entrevista. Mientras Luciana Mocchi habla, el sonido áspero del ventilador se escucha en la librería como una esperanza vana. Salimos al patio donde esa misma noche será la segunda jornada. El mural de Hilda Zagliaga avanza: tiene pintados los rostros de los músicos que estuvieron la noche anterior. Sol Pereyra se asoma en la pintura. Escrito en letra roja, se lee su nombre. Un poco más abajo dice “Jorge”. Adolfo me explica que Jorge es un admirador de Sol, que la sigue donde vaya. Y como la vio en el mural esa noche, también escribió su nombre, cerca del de ella. Adolfo dice que cosas como esas pasan todo el tiempo. Pero esas cosas no pasan todo el tiempo. Son variaciones que se aceptan, aunque sea durante tres días, por poco que se note. 🍷



POR TANTO

Sorpresa y gratitud. Jamás pensé en formar parte de semejante festival. Me tomó desprevenido en el comienzo de 2014 y recuerdo haberlo mencionado el día que me tocó participar. Compartir el espacio y las canciones con maravillosos músicos colmados de talento no tuvo desperdicio para mí. La tarea de reunir cantautores en un encuentro representa un hecho noble y arriesgado, algo que no sucede frecuentemente y que le otorga un valor especial que sólo será posible apreciar con el paso del tiempo.

Soy un hombre con suerte, definitivamente. Suerte de haber disfrutado de músicos maravillosos en días maravillosos para multiplicar lo que cantamos o ejecutamos. Entregar un lugar para la canción y la interacción no es menor. Reunir tanto esfuerzo con ese fin es un regalo para los que nos tocó la tarea de cantar. En ese instante algo sucede, algo que está uniendo y reuniendo musicalidades. Espero poder volver algún día a cantar y escuchar con atención y gratitud. Espero volver pronto. Gracias una vez más por tanto y todo y por más.

LUCIANO LEVIN

“Acá se entablan intereses comunes. Yo no tuve que convencer a nadie. La muni ponía la plata, pero los músicos venían porque veían el esfuerzo. Antes les escribía cartas lindas contándoles que conocía su obra y que los quería traer. Así funciona. No hay mucho misterio”, dice Adolfo.